

Más allá del consenso. La maniobra de jugar afuera y barajar adentro

La lógica inercial del avestruz

JORGE GANTIVA SILVA

Filósofo. Universidad
Nacional de Colombia
Profesor Titular
Universidad del Tolima

2011 será un año decisivo para la izquierda democrática. El Polo Democrático Alternativo, inmerso en su lógica inercial y en la obsesiva disputa de su aparato, no logra vislumbrar una salida a su crisis. Lo peor de todo ha sido empeñarse en transitar un camino equivocado. Los dos bloques en conflicto tienen un punto en común de no retorno: coinciden en disputarse el aparato del partido en un año crucial para la contienda electoral, sin haber mediado ninguna discusión democrática en sus bases, sin que su dirigencia haya mostrado sensibilidad ante los interrogantes cruciales de su proyecto y de las demandas ciudadanas y populares, y sin haber alcanzado niveles superiores de unidad y organización que permitan obtener un consenso de grado avanzado. Su creciente pérdida de credibilidad y deterioro de su imagen pública no han estado acompañadas de un proceso reorientación y reconstrucción de su propuesta. Algunos de sus logros, como la acción parlamentaria, se ven opacados por la precaria articulación con la deliberación pública, la movilización de las comunidades y la ausencia de democracia participativa como lo establecen el Ideario de Unidad.



Instituciones educativas se convierten en albergues para las familias afectadas.

Pretender saldar esta crisis por el procedimiento del consenso, es solo una maniobra de una minoría que juega afuera en conexión con las opciones del centrismo y que a la vez intenta disputar el aparato buscando barajar la recomposición burocrática del poder interno. Esta es la intención que lidera Petro afuera y la pretensión del grupo centrista que busca el consenso internamente para recomponerse, toda vez que sus pocos parlamentarios no pueden jugar afuera por la “Ley de bancadas”. A toda costa buscan reacomodarse recurriendo al consenso, a la espera de nuevas circunstancias externas en un escenario nacional e interno muy desfavorable. Los verdes de Mockus y Peñalosa, por su parte, han sido reacios para admitirlos en momentos en que aquellos siguen atascados en su política de centroderecha y éstos no lograr “saltar la talanquera”.

Es interesante ver la manera cómo las formaciones políticas actúan en sus crisis. Podría hacerse un parangón con el viejo proverbio: por su capacidad de asumir las crisis los conoceréis, porque develan los esquemas mentales y el tipo de cultura política. Desconocer una crisis es como hundir la cabeza en la arena; desconocer la gravedad de esta crisis en particular, es sencillamente defender un *statu quo* que a todas luces conduce al fracaso. Un partido en crisis es un enfermo que requiere un tratamiento adecuado. Una suerte de “santanderismo” inercial subyuga la conciencia de cierta dirigencia polista: se encierra en la disputa del aparato, de sus recursos y de sus poderes simbólicos.



Después de dos meses de penurias, la calle 9 con carrera 2 es el único sector seco en Campo de la Cruz.

Pese a la adopción de la “democracia participativa” como parámetro ideológico y programático del partido –que suscitó un gran entusiasmo en el inolvidable Maestro Fals Borda y en las regiones y bases–, todo parece evidenciar que su comprensión y puesta en práctica sigue siendo todavía una promesa. La indiferencia y la arrogancia han sido la respuesta dominante del grupo mayoritario; y, en los sectores centristas, el chantaje y la maniobra operan como jugada para recomponerse y ganar con “cara y sello”.

El consenso como maniobra

Lejos de considerar los elementos y grados del consenso como concepto integral, los firmantes de la carta enviada al CEN del grupo petrista señalan como principio lo que es solo un aspecto del ejercicio de la democracia, y no propiamente el principal. El primer punto de sus reclamaciones plantea: “El compromiso serio y explícito de respetar la regla del consenso en las decisiones fundamentales del partido” (Carta al CEN, 20 de enero de 2011). A todas luces, ni el consenso es la regla de oro de la democracia ni el Polo ha establecido el consenso como regla fundamental para la toma de sus decisiones. Todo evidencia que su propósito es hacer el doble juego antes las serias dificultades políticas que vive este sector político. Necesitan jugar afuera con Petro y su “Corriente Democrática” y maniobrar *adentro* para poder participar en la recomposición burocrática, buscando solventar su doble vacío: hacia afuera tienen un escenario complicado con los Verdes y son muy débiles como fuerza independiente, y *hacia dentro* su espacio es reducido –además de ser minoría–, y carecen de fuerza política y moral para dirigir el partido. “El Partido promueve la democracia interna y el libre examen, busca el consenso entre sus afiliados y afiliadas, y permite la libertad de tendencias alrededor de su plataforma política”. (Estatutos, Art.2). La idea de la “búsqueda del consenso”, admitiendo la diversidad de tendencias, es un proceso de construcción, sin menoscabo de la toma de decisiones por la vía de la *democracia participativa*: “En todas sus decisiones el Partido *buscará el consenso o en su defecto, la*



¡Desolación es lo único que queda!

mayoría de votos entre los afiliados y afiliadas del respectivo organismo". (Art. 13. Subr. nuestro). En la democracia hacen parte de las decisiones tanto el consenso como la regla de la mayoría, indicando que la "correlación de fuerzas" y la coyuntura política las sobredetermina. En este caso, un grupo minoritario pretende echar mano de algo particular convirtiéndolo en algo universal para maniobrar en medio de sus limitaciones.

El Polo plantea el "Reconocimiento y respeto de los derechos de las mayorías y de las minorías" (Art. 22.2). Sin embargo, muchos de sus líderes y grupos han privilegiado la política de "todo o nada", como es el caso de Luis Eduardo Garzón y de Petro, o de quienes, aferrados mayoritariamente al aparato, han desestimado el principio fundante de la democracia participativa. Las minorías han preferido retirarse y saltar al vacío del centrismo; y las mayorías del aparato se han quedado anquilosadas, defendiendo rígidamente el partido/maquinaria, con poca iniciativa política, serias limitaciones organizativas y cuestionamientos morales.

Rosa Luxemburgo advertía que se llega a la mayoría sobre la base de la justeza del programa y de la táctica; y no al revés. Las mayorías entonces no son sumas acomodaticias ni pragmáticas sobre intereses particulares, sino cristalizaciones programáticas que marcan el rumbo de una estrategia de transformación de la sociedad. El consenso no parece ser la característica principal de la democracia. Resulta sospechoso que el consensualismo adopta la forma legitimante de los unanimismos, la uniformidad y la ausencia de crítica y debate. El consenso aparece como un momento de hegemonía en una situación determinada según la "correlación de fuerzas" (Bobbio analiza la diversidad de grados de consenso, las condiciones de la sociedad, los lineamientos

En una bella expresión, Simón Rodríguez –el maestro de Bolívar–, decía que "la fuerza material está en la masa" y "la fuerza moral en el movimiento de la masa".



¿Y... ahora?!

ideológicos y programáticos y el sistema de reglas de juego) y deja de existir cuando una de las partes rompe el pacto de las “creencias largamente compartidas” y se separa de los “principios, valores y normas” acordados y lo utiliza, como en este caso, para desafiar el poder del partido: dirección nacional, consenso y sanción a la administración en Bogotá.

Conviene señalar la complejidad de los procesos de construcción de los consensos en sociedades y formaciones políticas marcadas por el caudillismo, la cultura autoritaria, el parlamentarismo y los esquemas mentales basados en la exclusión, el silenciamiento, el espíritu vengativo y el transfuguismo. Es claro entonces que resulta incompatible para la izquierda democrática como proyecto alternativo la pretensión de defender la “unidad nacional” de Santos.

El ocaso del partido/maquinaria

La izquierda colombiana lleva en su historia un sinnúmero de experiencias fallidas. Aunque parezca sorprendente la obsesiva fijación por los aparatos partidarios y las formas de control burocrático, amén de su tradicional transfuguismo, hace muy difícil hablar en sentido estricto de partidos políticos modernos de la izquierda. Sigue operando la forma-partido como maquinaria de control y como máquina de poder vertical, como agencia electoral y como sistema de promoción clientelar y caudillista. Luego del fracaso del “socialismo real” y de las transformaciones del capitalismo tardío, es difícil seguir rumiando la tesis del partido/maquinaria. Lenin dice que el contenido de la política es lo que define la organización. Hoy habría que decir que el tipo de organización forma parte de las definiciones programáticas e ideológicas. Desde la AD-M19 hasta hoy han predominado el caudillismo y el aparatismo, en detrimento de la forma-partido/movimiento que formuló sabiamente Orlando Fals Borda. En modo alguno se trata de una organización social paralela al partido, tampoco de la vieja práctica de la “correa de transmisión”. Ni sistema de ONGs ni caudillismo ni parlamentarismo, como plantea el centrismo, ni verticalismo ni aparatismo ni “correa de trasmisión”, como practica la izquierda tradicional.



Después de una larga vida de trabajo, sólo quedan algunos pocos enseres y la desesperanza

Así, el sentido de la democracia trasciende el consensualismo y se apoya en el protagonismo de los sujetos y en la construcción colectiva de sus reglas. He ahí la importancia de desburocratizar la crisis del partido y desparlamentarizar el rumbo de la política. Se trata de devolverle la palabra al sujeto y recuperar la credibilidad de la izquierda democrática, volcando la atención sobre los grandes problemas nacionales.

En la resistencia contra la globalización neoliberal han surgido una diversidad de experiencias, muchas de ellas con triunfos históricos y otras en procesos embrionarios. Bolivia es un referente obligado por la forma como se asumió el reto del partido/movimiento. La experiencia en Venezuela, Ecuador, Uruguay y Brasil revelan una gran tensión acerca de la forma/partido-maquinaria. El punto crucial es saber superar la burocratización de la política, la separación de la dirigencia respecto de la base y la sustitución de lo constituyente por lo constituido. Se trata de impedir la clausura del proceso de interpelación recíproca entre la forma/partido y la sociedad, las comunidades y la ciudadanía. Efectivamente el partido/maquinaria desmoviliza, paraliza el pensamiento, mantiene alienado a los oprimidos en la supuesta salvación de los “grandes señores” y sus caudillos. Esta razón profundiza el descreimiento de la política de izquierda y conduce al hastío y la desmoralización. En una bella expresión, Simón Rodríguez –el maestro de Bolívar–, decía que “la fuerza material está en la masa” y “la fuerza moral en el movimiento de la masa”. Así, el sentido de la democracia trasciende el consensualismo y se apoya en el protagonismo de los sujetos y en la construcción colectiva de sus reglas. He ahí la importancia de desburocratizar la crisis del partido y desparlamentarizar el rumbo de la política. Se trata de devolverle la palabra al sujeto y recuperar la credibilidad de la izquierda democrática, volcando la atención sobre los grandes problemas nacionales.

